

XIX

Rosa pasó el día en Roigny, en medio de mortales angustias, pareciéndola que el tiempo tenía una duración interminable, y sin embargo, sentía grandes deseos de que no llegase la noche.

La luz del día la protegía, ó al menos eso se figuraba. Intentó huir y encontró cerradas con mucho esmero todas las puertas y salidas.

No pensó Rosa en Raguenel, porque la ofensa que éste la infiriera borraba su recuerdo del corazón.

En Roigny nadie se acordaba al parecer de ella, y únicamente el guarda del coto estuvo á verla en distintas ocasiones.

Muy tarde y cuando empezaba á hacerse de noche, consintió en comer algunas frutas y beber un vaso de agua. Terminada la frugal comida, Lambert permaneció algunos minutos en el cuarto de Rosa hablando con ésta.

—¿Cuándo me dejarán en libertad?

—Lo ignoro.

—¿Es que deben estar me buscando!

—Si se tomasen el trabajo de echar á correr tras todas las jóvenes que se pierden de

la misma manera, no habria bastante Policía en ninguna parte. Creedme,—añadió Lambert con acento paternal,—el señor Marqués os quiere mucho, os adora, está loco por vos y jamás en la vida le ví de ese modo; si se casa con vos, y está decidido á hacerlo, os hará Marquesa. El señor Marqués hace poco que volvió después de pasar el día cazando. Se sentó á la mesa para comer, pero no prueba bocado, porque el pobre está muy triste.

—Hacedme el favor de decirle que deseo hablarle.

Inclinóse Lambert. Y antes de marcharse arregló algunos muebles.

Una sola vela iluminaba aquella gran habitación, en la que no podía ocultarse en ningún rincón, y entre el tocador y el salón sólo existía un grueso cortinaje.

Oyó desde su sitio cerrar una á una todas las puertas, y á los escasos ruidos del día suceder un silencio completo, mientras que en el parque iba en aumento la obscuridad, bajo la que se ocultaba todo.

La luna no debía iluminarlo todo con sus plateados rayos hasta muy entrada la noche.

Púsose Rosa en pie y dió algunos pasos para vencer la languidez que la empezaba á dominar. Estaba desesperada, todos la abandonaban y se creía perdida para siempre.

En el mismo momento abrióse la puerta del gabinete y se levantó el cortinón que separaba el tocador del salón.

—¡Al fin!

—Me dijeron que deseábais verme,—dijo

el Marqués, sentándose en frente de Rosa.

—Sí, os estuve esperando todo el día y no vinistéis.

—¿Queríais verme para decirme que al cabo consentís en creerme, confiando en mí, y devolviéndome un poco de ese inmenso amor que experimento hacia vos?

Rosa no le respondió.

—¿A qué he venido aquí?— siguió diciendo Roberto.—¿Vine á escuchar vuestros reproches? ¿Vuestras quejas?

—¿Decíais que no vacilaríais en cometer un crimen?

—Sí, Rosa, llegaría hasta cometerlo si fuese necesario; todo antes que permitir que seais de otro.

—¿Y sería el primero que hubieseis cometido?

El Marqués se puso lívido.

—¡Ah!—exclamó con voz sorda.—¿Quién pudo enterarte tan bien de lo que soy?

—Sí, me contaron que un día entrasteis en casa de un pobre que se estaba muriendo, en la de un Médico de aldea.

—Ahora te toca mentir á tí. No hay nadie en este mundo que haya podido revelar-te un hecho de esa naturaleza.

—Permitidme que continúe. En ese documento declaraba el Médico que hacía algunos años que habían arrancado á una niña del seno de su familia, y que esa niña la confiaron á los cuidados de una vendedora del Mercado, á una tal Teresa Godin, que creyendo que realmente era su hija, la crió

con una ternura que no se desmintió ni un solo momento. ¿Es ó no cierto lo que digo?

Una palidez cadavérica cubría el rostro del Marqués.

—Esa muchaba soy yo, Rosa Godin, ¡ahí está el secreto de vuestro amor! ¡No es á mí á quien amáis, sino que codiciáis la fortuna de la condesa de Kerhoët!

—¡Mentira!

—¡Ah! ¡Qué bien os conozco ahora! ¿Ese era el gran secreto de que me hablabais? ¿Por qué no me lo revelasteis antes?

Al Marqués ocurriósele una idea repentina y cogiendo la luz salió de la habitación. Con un ademán febril abrió el cajón de la papelera, y vió que no se hallaba allí el testamento del doctor Montel.

—¡Ah! ¡Me quitasteis ese documento que guardaba con tanto cuidado!—dijo encarándose con Rosa.

—No os lo quité, porque no hice más que recobrar lo que era de mi propiedad.

—Te olvidas de que estás en mi poder.

—¡Dios me protegerá!

Dominóse el marqués de Breynes y recobró su amenazadora tranquilidad.

—Me desafías y haces muy mal,—dijo,—hablas de mis proyectos y no tengo más que uno: el que seas mi mujer y marquesa de Breynes.

—Devolvedme mi libertad.

—No hice todo esto para retroceder.

—¿Qué es lo que queréis?

—Voy á decírtelo, y suceda lo que quie-

ra, mañana ó dentro de ocho días, cuando salgas de aquí estarás perdida para siempre.

—¡Ah!

—¡Estás perdida á los ojos de tus pretendientes que no querrán casarse con la mujer que fue querida de otro!

—Sea, se marcharán y quedaré abandonada.

—No me bastaba eso; necesitaba obtener tu consentimiento y me dijiste que jamás serías mía.

El Marqués sacó el reloj.

—Me choca mucho que no estés ya sumida en un profundo sueño, en un letargo irresistible.

Angustiada dirigió Rosa en derredor suyo una mirada indefinible.

—¡Oh! ¡Dios mío!—murmuró.—¡Qué hombre más infame sois!

—¡Infame, no! Lo único que quiero es que me ames, y en seguida me perdonarás ó me levantaré la tapa de los sesos, ¡ese es mi deseo!

Arrodillóse á los pies de Rosa.

—¡Os pido de antemano ese perdón! ¡Sois muy bella, Rosa mía, y os amo!

No oyó Rosa lo que la decían.

Pasóse las manos por la frente, extendiólas luego hacia adelante como si quisiese rechazar alguna horrosa visión, y cayó aniquilada, rendida, en el sillón.

—¡Al fin! ¡Ya cayó el pájaro en la red!—murmuró el Marqués.

Contemplóla un momento dirigiéndola una

mirada centelleante de pasión. La abundante cabellera de Rosa habíase despeinado y servía á manera de marco al correcto óvalo de su rostro, y una respiración muy igual movía su pecho, mientras que la cabeza se deslizaba hacia la izquierda apoyándose en el brazo doblado.

Acudió Breynes á sostenerla, y ante todo quiso apoderarse del testamento del Médico. Buscó en los bolsillos de Rosa y estos hallólos vacíos, ¿en dónde lo había escondido?

Cogió á Rosa en brazos y la dejó encima de la cama, y el Marqués vaciló un momento; los rabiosos ladridos de sus perros, que estaban encerrados en el cubil, le hicieron ponerse á escuchar con mucha atención.

Separóse Breynes de la cama, y aproximándose á una ventana, miró, pero la obscuridad de la noche no le permitió ver nada. Oyóse ruido de pasos y al Marqués le pareció distinguir un murmullo de voces como si hablasen al pie de la ventana y muy arrimados á la fachada. A los pocos segundos de suceder esto asomó una cabeza por encima del poyo de la ventana, al mismo tiempo que una mano nerviosa se agarraba á los hierros de la reja. La cabeza y la mano eran de Ladurín.

—¡Ahí está,—dijo á sus compañeros,—desde aquí la estoy viendo.

Así era efectivamente; desde donde se hallaba y en el fondo de la habitación y á pesar de la obscuridad de ésta, vió la forma de una mujer que estaba echada vestida en la

cama, mientras que el Marqués, en pie al lado de la ventana, contemplaba con asombro á los nocturnos visitantes, á los que por cierto no esperaba.

He aquí lo que había pasado.

Conforme dijimos, Pedro Ragueneel y Ladurin habianse ido juntos á almorzar al restaurant de la calle de Montesquieu, y allí, mientras lo hacían, Pedro enteró á su rival del estado en que se hallaban los asuntos del Marqués, que estaba completamente arruinado, de un momento á otro iba á quedarse sin nada, y los bienes que poseía en la actualidad no bastaban para pagar á sus acreedores.

Ragueneel tenía muchos motivos para conocer al Marqués, porque con frecuencia veíase obligado á redactar ó copiar cierta clase de documentos relativos á él, y como además, le conocía por haberle visto muchas veces en casa de su principal, no vaciló en declarar que era hombre capaz de todo, y en el que no podía tener ninguna confianza.

A Ladurin animábale un generoso ardor, y sin darse cuenta de ello convertíase en caballero errante capaz de enderezar entuertos.

—¡Vive Dios! ¡No sé de qué sería capaz antes que dejarla en poder de ese miserable!

Por desgracia ocurrieron dos incidentes que estuvo en muy poco que no malograsen la empresa.

Quedaron citados con Ragueneel para encontrarse á las tres en el café Vasin, el mismo en que solían reunirse los de la *clac* de

Meraud, para desde allí marchar á la estación de Lyon. Para tener más fuerza proyectaron llevarse á Hipólito, el mozo de cordel, y al más joven de los Ladurin, que no deseaba más que formar parte de la expedición.

A las tres en punto entraron los hermanos en el café, y á los pocos minutos reunióse Hipólito con ellos. Faltaba sólo Ragueneel, y para esperarle se sentaron á una mesa inmediata al mostrador, y el carnicero mandó que les sirviesen un jarro de cerveza con objeto de pasar en algo el tiempo.

En una mesa inmediata á la del carnicero hallábanse los Baruchet, unos amigos de Meraud acompañados del comerciante de salazones. Estaban jugando al dominó, y al mismo tiempo que lo hacían, permitíanse de vez en cuando algunas frases sueltas, y á los pocos minutos presentóse Meraud muy satisfecho y frotándose las manos.

Al ver á Ladurin en traje de viaje su rostro adquirió una expresión irónica.

— Veo que todo está en carácter, — dijo sin encararse con Ladurin, — y á la cuenta se trata de una fiesta anunciada con repiques de campanas, porque algunos van, ó quién sabe si es que se declararon en huelga.

Y levantando bastante la voz, preguntó:

— ¿Qué noticias hay? ¿No tenéis ninguna?

— ¿De quién? — respondió Baruchet.

— ¿De quién ha de ser, hombre, sino de esa señorita, de la perla y rosa de las pescaderas?

— No.

—¡Valiente moza! ¿Eh? Y la verdad es que da el opio á más de un tipo.

El primogénito Ladurin miró de través al ex corredor, mientras que el pequeño murmuraba:

—¡Cuándo acabarás de murmurar, saco de patatas!

Ladurin estaba cada vez más impaciente y se entretenía en tocar el tambor sobre la mesa. A su hermano, llamábale la atención su paciencia, porque en circunstancias ordinarias no se había necesitado tanto para hacerle salir de sus casillas.

—Estaba tan seguro de que algún día esa muchacha había de hacer lo que hizo. Después de todo, de casta le viene al galgo ser corredor; ¿qué tiene de particular que lo mismo que su madre sea una?...

No acabó la frase, porque Ladurin, que se había levantado muy despacio y colocándose delante de él:

—¿Has concluído de hablar camastrón?— le dijo.—Estás injuriando á personas que valen más que tú.

El comerciante de salazones tuvo la mala idea de quererle interponer, y al querer coger por el brazo al carnicero, éste le echó á rodar sobre una banqueta.

Nicolás Meraud púsose en pie.

—¡Bruto!—dijo.

Extendió Ladurin el brazo, y de un puñetazo en medio del pecho, hizo tambalearse á Meraud, que fue á dar con su espalda contra los espejos que adornaban el mostrador,

que saltaron hechos pedazos bajo el peso de su cuerpo.

Por fortuna fue mayor el ruido que el daño, y la pronta llegada de los guardias de Policía, que se llevaron á los héroes de la contienda á la prevención, para que diesen sus explicaciones al Comisario, evitó que las cosas tomasen peor sesgo.

Brunet fue el que en la Comisaría tuvo el encargo de recibir á los delincuentes, y una maligna sonrisa iluminó su rara cara, al enterarse de que la disputa debíase á Rosa, la muchacha que había desaparecido la víspera.

Brunet tomó nota de lo ocurrido, y despidió á los contendientes.

—Está bien,—dijo,—ya os llamarán, ahora podéis marcharos á donde queráis.

Meraud echaba espumarajos de rabia, y á estar en su mano habría condenado á Ladurin á la horca, á ser enrodado ó cuando menos arrojádole para el resto de sus días en el fondo de algún húmedo y profundo calabozo.

—Vámonos,—dijo el carnicero á sus acólitos.

A las seis dadas llegaron los tres á la estación de Lyon, y allí supieron que el primer tren no salía hasta las siete y veinte.

Esperáronse y era muy entrada la noche cuando se apearon en Lieusaint. Desde este punto á Roigny hay unas dos leguas y media, y los viajeros se extraviaron en el bosque, tomando un camino por otro, lo que no

tenía nada de particular, porque en la selva, y bajo los árboles, no se veía ni cielo ni tierra.

Debido á esto, cuando llegaron á las lindes del coto estaban muy irritados contra los hombres y las cosas, y en un estado de ánimo en que el ser más pacífico experimenta accesos de rabia. Todo revelaba la mayor tranquilidad, y no obstante, Rosa debía estar encerrada allí, las luces lo indicaban.

Ladurin quiso salir de dudas y mandó que su hermano é Hipólito se arrimasen á la fachada, y apoyándose en sus hombros, y con la ayuda de sus pies y manos, consiguió llegar hasta el primer piso, que distaba del suelo seis ó siete metros.

La situación no podía ser más comprometida, los perros ladraban con creciente furor, y desde su sitio oyó Vicente Ladurin ruido de puertas que se abrían, y los perros se precipitaron con furia sobre los intrusos que invadían sus dominios.

Renato Ladurin, que estaba acostumbrado á habérselas con ellos, fue el que los recibió con terribles molinetes hechos con su larga vara, y aunque la batalla se libró en la sombra fue corta y desastrosa. De los dos perros uno quedó tendido en el campo y el otro se alejó aullando dolorosamente.

Mientras tanto, la posición de Vicente, que continuaba agarrado á los hierros de la reja, no podía ser más comprometida.

Abrióse de pronto una ventana, y se oyó en medio del silencio de la noche el ruido

seco que produce al montarse el gatillo de una pistola ó escópeto. Los fogonazos de dos disparos disiparon por un momento la obscuridad, pero las balas se perdieron sin herir á los asaltantes.

Sirvióles admirablemente la casualidad, pues en el mismo momento llegaban, procedentes de las cocheras, Minard y su compañero, armados y con luces, llamados por Lambert.

Los dos hermanos, seguidos de Hipólito, que no era tan valiente, pero que no les había abandonado ni un instante, se acercaron precipitadamente á la puerta antes de que Lambert tuviese tiempo de cerrarla otra vez.

Lambert y Narciso Minard llevaban en la mano unas linternas. Ante esa invasión quedaron parados y sorprendidos durante un momento no sabiendo qué hacer.

—Ten cuidado de esa puerta y que no salga nadie, ordenó Vicente Ladurin dirigiéndose á Hipólito.

—¿Qué venis á hacer aquí?—preguntó el guarda de Roigny.

El carnicero le cogió por el pescuezo y le apretó mucho, al mismo tiempo que le sacudía como un dogo que tiene entre los dientes un gato, hasta que Renato se enterneció é intervino.

—Déjale, que le vas á ahogar, y ese sería un mal negocio para nosotros,—dijo.

—Tienes razón, pero que ande derecho, porque si no le prometo una buena tunda.—

Y dirigiéndose á Lambert añadió:—A vos que tenéis cara de ser hombre razonable voy á deciros lo que me trae aquí. Venimos en busca de esa joven que trajisteis ayer.

—¡Hola! ¿Se creerá éste que se encuentran señoritas en medio del boulevard como si fuesen portamonedas?—dijo Minard con acento burlón.

El carnicero le dirigió una mirada tal que le hizo callarse.

A Narciso Minard empezaba á divertirle el sesgo que tomaba el asunto, no obstante la corrección con que le habían amenazado, y se entusiasmaba tanto como si estuviese presenciando una representación del Châtelet.

Mientras tanto decía Minard á su cómplice:

—Va á ser una escena palpitante la que ocurra cuando se hallen en presencia del amo, y francamente, daría cincuenta céntimos por disponer de un asiento en el paraiso.

A los Ladurin, que no tenían más armas que sus bastones, no les producían ninguna inquietud la horquilla de hierro que tenía Lambert en la mano ni la del cochero, como si esas herramientas sólo fuesen sencillos accesorios de teatro.

El marqués de Breynes no se había presentado y en el principal no se oía ningún ruido.

Echó á andar Lambert muy á disgusto, subiendo la escalera y alumbrando á los dos

hermanos que le seguían decididos á todo.

Mientras tanto los dos galopines, Minard y su compañero, quedaron en el vestíbulo acompañados de Hipólito.

—¡Demonio!—exclamó Nicolás Minard.—Creo que el amo no va á poner buena cara que digamos. ¿Quién sabe si es capaz de querer que quitásemos de en medio á esos individuos á los que, sin embargo, no se puede tener mala voluntad por los esfuerzos que hacen para librar á su amiga? Creí que esto acabaría mejor.

Después de hacer esta reflexión quedóse callado.

Los Ladurin y su guía llegaron al principal, y el criado llamó á la puerta del cuarto de Rosa.

—¿Quién anda ahí?—preguntó Breynes.

—Aquí están tres hombres que vienen en busca de una joven.

—Estoy en mi casa y prohibo que se entre. La puerta está cerrada y al primero que intente abrirla le abraso los sesos.

Al oír el Marqués los ladridos de los perros comprendió toda la extensión del desastre que se le venía encima, y que no eran unos malhechores, que en aquella casa poco daño podían hacer, puesto que sólo había en ella muebles sin valor, los que le atacaban, sino unos hombres prontos á hacer justicia.

Al oír dos disparos, que sonaron á poca distancia de sus oídos, hizo Rosa un movimiento y levantó la cabeza. Lanzó un grito

ó mejor un gemido, y su cabeza, que hizo un esfuerzo para levantar, volvió á caer como una masa inerte sobre la almohada. Su caída libró á Ladurin de una muerte segura, pues el Marqués, que le apuntaba otra vez, no tuvo tiempo de disparar por impedirselo Renato, que con la cabeza baja se precipitó sobre él, y dándole un cabezazo en medio del pecho, con tanta fuerza como si hubiese sido disparado por una catapulta, se tambaleó y fue á dar con su cuerpo contra la pared.

La pistola, que se le había caído al Marqués de la mano, estaba en el suelo, y el carnicero al levantarse la echó de un puntapié debajo de la cama, y llegó muy á tiempo para impedir que el Marqués de Breynes pereciese á manos de su verdugo.

El tumulto había cesado por completo en la habitación de Rosa, y el Marqués se sentó en un sillón, empujándole la mano vigorosa de Ladurin. Su rostro sombrío y sus hurañas miradas revelaban su desesperación, y á pesar suyo sentíase dominado por el ascendiente de aquel hombre de rasgos varoniles, frente despejada y mirada franca, y no se atrevía á sostener una lucha que era inútil por otra parte.

Allí estaba anonadado, con la cabeza inclinada y fija la mirada en el suelo, crispados los labios por dolorosa contracción de vergüenza, al pensar en su desastre y la ignominia en que cayera, y así permaneció hasta que la voz de Ladurin sacándole de

tan penoso entorpecimiento, le distrajo de sus cavilaciones.

—¡La habéis envenenado sin duda! ¡Parece que está muerta!

Inclinado sobre Rosa hizo varios esfuerzos para que recobrase el sentido y no lo consiguió.

—Si fuisteis vos quien la envenenó, no será la Justicia la que os castigue, os lo prometo, pues no saldréis vivo de mis manos,—dijo Vicente.

Lambert intervino á tiempo observando que su amo no despejaba los labios.

—No está muerta, ¿no observáis que respira?—dijo el guarda. No está más que dormida.

—Pues este no es un sueño natural.

A los pocos minutos abrió Rosa los ojos, y en esta ocasión, al ver á su salvador, quedóse mirando un momento.

—Tranquilizáos, aquí estamos todos vuestros amigos, Hipólito, Renato y yo. Bien segura podíais estar de que no íbamos á dejaros en poder de esos granujas ¡y á Dios gracias hemos llegado á tiempo para salvaros!

—Si, habéis llegado á tiempo,—respondió Rosa á Ladurin.—Si, me salvasteis, y sois vos á quien debo mi salvación, lo que no olvidaré jamás.

—Dad gracias, señor Marqués, á la casualidad que evitó pudieseis cometer una infamia y un acto de cobardía, pero os juro que no habría vacilado lo más mínimo en

daros muerte por mi propia mano. No quiero quejarme á nadie ni que el mundo se ocupe de mi historia; estoy salvada y esto es más que suficiente para mí; me marchó de esta casa llena de infamias y de desdichas en la que os dejó á solas con vuestros cómplices, pero manifestándoos que mi deseo es el de no volver á oír hablar ni de ellos ni de vos, ¡que no oiga vuestro nombre jamás! ¡Esto es lo que quiero! ¡Adiós!

Dicho esto hizo una señal á Ladurin, que la dió la mano.

Siguióla el Marqués con una mirada extraviada, iracunda, mas no intentó detenerla y no pronunció ni una palabra, quedándose abatido y en una situación de ánimo difícil de describir.

Minard y su acólito cambiaron una mirada de inteligencia.

—La verdad es que lo vale, ¡vaya una mujer bonita!—dijo el cochero.—Lo que es del amo no puede decirse que no tuvo gusto; pero por esta vez se quedó con las ganas, porque no se coció el pan para él.

—No seas imbécil, ¡y esas dos noches! Las han pasado juntos...

No pudo acabar Narciso Minard de expresar su pensamiento, porque el puño de Ladurin cayó con tanta violencia sobre su sombrero de fieltro, que el locuaz lacayo cayó desplomado junto á la pared, y habría rodado al suelo, pues sus piernas se negaban á sostenerle, á no acudir su compañero en su auxilio.

—¡Qué oso! ¡Ese hombre es un toro!—murmuró medio aturdido.

—No le echés la culpa á nadie más que á tu lengua que es muy larga.

Una vez en el campo no le costó mucho trabajo encontrar el camino de la estación. La noche era de las más frías, y la niebla glacial, y Rosa que se hallaba trastornada por la lucha que habia sostenido durante esas dos noches de continuadas emociones, tiritaba dando diente con diente de igual modo que si experimentase violento acceso de calentura.

Ladurin é Hipólito hicieron todos los esfuerzos imaginables para sostenerla y animarla.

En el momento en que el alba empezaba á clarear por el horizonte, y después de una pesada caminata de dos horas y media, vieron los tejados del pueblecillo de Lieusaint, y un poco más allá, en medio del campo, la estación del ferrocarril que se destacaba en el horizonte.

No habia llegado aún Rosa á las lindes del Parque cuando el Marqués se rehizo de su abatimiento, entregándose á un violento acceso del cólera, siendo éste la rebelión del vencido.

Al volver se encontró cara á cara con los dos galopines que tan mal le habian servido.

—Mañana, —les dijo,—podéis marcharos, porque no me hacéis falta para nada.

—¿Está quejoso el señor Marqués de nosotros?—preguntó Marcial.

—¿Nos despide el señor Marqués, privándose así de nuestra colaboración?—añadió Narciso Minard.

—No conservo á nadie á mi lado.

—Entonces,—dijeron ambos con conmovedor acento,—podríamos arreglar nuestras cuentas antes de separarnos.

—Es muy justo, venid conmigo, contestó el marqués de Breynes.

Subió la escalera, atravesó el corredor en el que encontró á Lambert, y entró en su cuarto.

Sus cómplices seguíanle pisando casi los talones.

De uno de los cajones de la papelería sacó el Marqués unos cuantos billetes de banco y se los entregó á Marcial y á Minard.

—Ahí tenéis, ¿es bastante?—preguntó.

—Sí, si el señor Marqués no está en fondos; pero ya sabe muy bien que esta clase de trabajos se paga mucho,—contestó con gesto y acento insolente Minard.

Su compañero le tiró de la manga.

—Vámonos,—dijo con acento bondadoso.—Estás viendo que el señor Marqués hace lo que puede, y después de todo, el negocio echóse á perder porque la paloma voló, ¡desfilemos!

—Quiere decirse entonces,—dijo Narciso Minard que era más terco que su compañero,—que el señor Marqués nos despide.

—He dicho que no quiero conservar á nadie á mi lado y os lo repito. Es cierto que hago lo que puedo y os quedaré muy agra-

decido si no contáis á nadie lo que visteis: este es el nuevo y último servicio que os pido.

Minard no replicó ni una palabra porque conocía á fondo á su amo.

—Como guste el señor Marqués,—contestó el cochero no sin alguna mayor deferencia,—y puede tener la seguridad de que nadie hablará del asunto, y á decir verdad, con irlo pregonando por ahí no ganariamos gran cosa ni los unos ni los otros.

Salieron de la habitación sin volver la espalda al Marqués, y no se dijeron ni una palabra hasta que llegaron al descansillo de la escalera.

—El patrón ha naufragado,—dijo Minard,—y es preciso buscar otra casa.

—Sí, me parece que esta se viene abajo y que dentro no se está seguro.

El marqués de Breynes habíase quedado consternado al ver que su aventura terminaba con un desastre, y por un momento ocurriósele la idea de levantarse la tapa de los sesos.

Era muy cobarde y le faltó la energía del último esfuerzo.

En aquellos momentos fijóse su mirada en el retrato de la señorita de Restaud, y veintec veces leyó y relejó las líneas escritas en el dorso.

16 de Junio

¡Al amado de mi alma!

ELENA.

La desventurada joven escribió esas líneas llenas de pasión en un momento de extravío en el que las malas pasiones fermentan y se inflaman en una cabeza de diez y ocho años, siendo lo cierto que jamás había amado á Roberto de Breynes.

Una idea nefasta ocurriósele de pronto á Roberto; la de que esa Elena dotada de tan espléndida hermosura y tan altanera y arras-trada por él á detestables intrigas, hallábase á merced suya y bajo su dependencia.

Retrocedió ante el suicidio, y como empedernido jugador, viendo que le quedaba una carta aunque mala, que jugar, quiso antes intentar un golpe de fortuna diciéndose que siempre estaba dispuesto á saltarse la tapa de los sesos, porque la muerte es el único abismo del que no se puede salir.

El reloj de sobremesa de su cuarto dió las tres.

En pocos minutos trazó el Marqués su plan, y metiendo en un sobre unas cuantas cartas, añadió otra escrita apresuradamente.

He aquí su contenido:

Querido Jorge:

Está visto que la fortuna me es decididamente contraria, y confieso con franqueza que experimento grandes deseos de ir á enterarme de lo que pasa al lado del alma, como es costumbre decir hoy, ó al otro mundo según decían nuestros antepasados, y de si allí me será más favorable que aquí.

No obstante, antes de hacerlo quiero reparar una grave falta de la que me lamento aún más que de los inmensos pecadillos con que esmalté mi existencia, que á llevar otra marcha, pudo ser tranquila y próspera.

He contribuido á sabiendas á engañar á un hombre digno y pundonoroso, y quiero desengañarle, aunque un poco tarde, antes de que el daño sea irremediable.

La lectura de las adjuntas cartas será más que suficiente para que os enteréis de lo que se trata mejor que con largas explicaciones.

Soy vuestro afectísimo,

ROBERTO DE BREYNES.

Cerró el sobre y lo lacró sellándolo con el de las armas de su familia.

Dentro del sobre había metido siete cartas de la señorita Restaud en las que ésta se expresaba con todo el ardor de una pasión que solo duró lo que un fuego artificial.

Terminada esta tarea tiró el Marqués del cordón de la campanilla, para llamar á Lambert que estaba muy atareado procurando reparar el desorden del campo de batalla, y entre amo y criado sólo hubo un cambio de expresivas miradas.

—Voy á ausentarme durante unas horas,—dijo Breynes después de una pausa silenciosa.

—¡De noche, señor Marqués!

—Sí, tengo necesidad de tomar el aire, de moverme, de correr á través de los bosques,

pues mi cabeza está ardiendo. Voy á ensillar mi caballo y marcharme, y tal vez vaya directamente á París, pero aún no puedo precisarlo. De todos modos, si á las ocho no he vuelto, llevarás inmediatamente esta carta al señor Jorge de Kerhoët, pero has de ser tú mismo y no otra persona, ¿lo oyes? ¿Lo harás así?

—Sí, señor Marqués.

—Te debo tu salario.

—¡Oh! ¡Señor Marqués!

—Estoy arruinado, tengo embargados todos mis bienes, y quizá más adelante no podría pagarte, y no quiero que tú, que siempre me serviste con tanta fidelidad, pierdas nada. Aquí tienes esta sortija; era de mi madre, y el diamante que tiene es de los mejores, por el que Fontana te dará á cualquier hora cinco mil francos. Tómala, con esta carta que te servirá de prueba de que te la doy en pago de tus servicios.

—Pero, señor Marqués...

—Quiero que la tomes,—contestó con acento imperioso el Marqués.

Arreglóse el traje con ese cuidado que un caballero de raza no abandona jamás ni aún hallándose á dos dedos de distancia de la muerte, y salió.

Fue á las cuadras y ensilló uno de los dos caballos, saliendo después al parque.

—Mira,—dijo Minard al que las emociones de la noche no dejaban dormir,—ahí tienes al amo que echa á correr tras la pequeña.

—¡Bah! ¡Que lleve buen viaje!—contestó el cochero volviéndose del otro lado.

Minard era muy curioso, y no pudiendo estar quieto saltó de la cama, aproximóse á la ventana y he aquí lo que vió:

A un jinete más sombrío que la misma noche que franqueaba los vallados y se lanzaba á escape por los campos tomando la dirección de Vilesnes y Etioles.

En Vilesnes no se oía el menor ruido y reinaba la más completa tranquilidad en el edificio emplazado en el centro de un parque de espléndida vegetación.

Pertenecía el castillo á la época de Enrique II, y tenía muy buen aspecto, con sus gruesas paredes de ladrillo, sus cimientos de piedra, sus cuadradas ventanas y sus techos elevados con remates de plomo, y sus almenas inclinadas como las de una antigua fortaleza.

En Vilesnes se hallaban á la sazón la duquesa y el duque de Rouévres, la señorita de Restaud y una media docena de criados destinados á su servicio. La habitación de la señorita de Restaud estaba situada en uno de los pabellones del primer piso, tenía vistas al parque por la parte de Corbeil, y las ocupadas por los Duques hallábanse al otro extremo, y las tenían sobre el Sena.

En la noche en que ocurrieron los sucesos que hemos narrado, Elena de Restaud estaba acostada pero no dormía, en su lecho azul, adornado con blancos encajes. Desde hacía cuatro meses dormía muy poco, dominándo-

la serias inquietudes. Con vaga mirada contemplaba el techo iluminado por el precioso globo opaco de la lamparilla suspendida del rosetón central.

La víspera, y durante la comida, á la que no asistió ningún convidado, el Duque, que acababa de llegar, dió, con el tono indiferente é irónico peculiar en él, algunas noticias referentes al Marqués.

—Si estuviese en el lugar de Jorge, obraría como él lo hace.

A eso de las cuatro, y cuando empezaba á quedarse aletargada, parecíala que andaba alguien en el balcón, é incorporándose y apoyando el codo sobre la almohada, escuchó con mucha atención. Casi en el mismo momento en que esto sucedía, un puñado de arena dió con fuerza en los cristales del balcón.

Saltó del lecho, rebujóse en un peinador de seda que tenía al alcance de la mano tirado sobre una sillita dorada y se acercó apresuradamente al balcón. A la pálida claridad de la luna que asomaba el rojizo disco por cima de los bosquecillos de tilos y de plátanos, vió á un hombre que esperaba, y le reconoció sin gran esfuerzo, mejor dicho, adivinó quién era. Temblando y dominada por profundo terror, abrió Elena el balcón

—¡Sois vos!—dijo.

—Sí.

—¿Qué venís á hacer aquí?

—Hablaros.

—¡Imposible!

—Es preciso.

—¡Estáis loco!

El Marqués levantó la voz y dijo con energía:

—¡Lo quiero!

—¿Y en dónde?

—En vuestro cuarto.

Aproximóse al pie de la pared, mientras que Elena salía al balcón.

—En vuestro cuarto,—repitió.

No esperó la respuesta, y agarrándose á los salientes de la pared, se encaramó al balcón. Costóle muy poco trabajo trepar hasta donde Elena le esperaba con ceñudo gesto y contraídos los labios por el odio.

El Marqués ni siquiera la miró.

—Entra,—ordenó con acento seco,—que las noches son frías.

Obedecióle maquinalmente la joven como una persona que se considera perdida y no intenta resistirse ni defenderse. Cerró Roberto con mucho cuidado, y luego se sentó en un sillón al lado de la cama.

—¡Demonio! ¡Qué bien se está aquí!—dijo en voz baja.—¡Qué perfumado y caldeado está tu cuarto!

—¿Qué es lo que quieres?—preguntó Elena con acento duro.

La joven habíase quedado en pie al lado de la chimenea y tenía las manos apoyadas en el respaldo de una silla.

—Voy á decírtelo,—respondió el Marqués. Y con un movimiento lleno de indolencia cruzó una pierna sobre otra.

—Habla de prisa, porque tardará poco en hacerse de día.

—¿Y á mí qué me importa que sea de día ó no?

—¡Me importa á mí!—replicó Elena.

—Sí, lo comprendo, porque tú quieres ser condesa de Kerhoët y heredar los millones del Almirante, pero por desgracia eso es imposible.

—¿Y por qué?

—Porque he decidido otra cosa.

—¡Tú!—replicó Elena poniéndose furiosa.

—Sí, yo.

—¡Debí esperarlo de ti! ¡Dí de una vez lo que quieres! Por más que no lo necesito porque sé que eres capaz de venderme y de entregar al señor de Kerhoët la historia de nuestra falta común. ¡La delación es obra de un cobarde! Eso es muy propio de tí, y sólo me extraña una cosa y es que no lo hayas hecho antes.

—Escúchame,—dijo el Marqués,—comprendo perfectamente que te dejes arrastrar por esos arrebatos, y como yo, lo comprenderás y te tranquilizarás. He reflexionado mucho y comprendo que lo que ambos hicimos es realmente infame y vil, y aunque no tengo ningún inconveniente en cargar mi conciencia con otras infamias, no quiero apencar con esa. Soñaste con una gran fortuna, con las rentas de tu tía unidas á las de la condesa de Kerhoët, y te dejaste deslumbrar por tus ensueños; pero la razón, el honor, ese honor del que todos hablan tanto, y que tan poco

se vé en el mundo, te mandan renunciar á semejante empresa, y á una riqueza adquirida por medios semejantes, ¿á que te avergonzarías de ella?

—¡Basta de burlas! ¿Qué quieres?

—Pues bien, fuiste mi querida, sé ahora mi mujer. Dirás á la Duquesa, que te idolatra, que no quieres casarte mas que conmigo, y aunque le cueste mucho trabajo el consentir, porque me aborrece, al fin accederá.

—¡Jamás!

—Sobre todo, si tú la obligas á ello con una comedia bien representada, y en la forma en que yo te indicaré.

—¿Qué comedia?

—Vengo en busca tuya para que me acompañes á Roigny, y desde allí escribirás unas cuantas líneas á la Duquesa, que al principio se entregará á un arrebato de cólera, pero en seguida te perdonará. Me la sé de memoria y estoy seguro de que lo hará.

—¿Y si yo me niego?

—A las ocho de la mañana de hoy recibirá tu futuro esposo un paquete de cartas, obras escogidas tuyas, y puedes creer que bendecirá mi intervención.

—¿Serás capaz de hacerlo?—dijo Elena poniéndose pálida como un cadáver.

—Lo haré sin pestañear.

Una pálida claridad blanqueaba los huecos de las ventanas.

—¡Ah! ¡Me estáis haciendo perder la cabeza en medio de todas esas infamias!—ex-

clamó Elena.—¡Marchaos y no abuséis más de mi paciencia!

—¡Qué! ¿Sois vos quien se atreve á amenazarme?

—Sí, sea, os amenazo.

—¿Y qué pensáis hacer?—preguntó de Breynes con acento burlón.

—No lo sé, ¡idos!

—No, estoy decidido á no marcharme de aquí.

—¿Os quedáis?

—Sí, ó venios conmigo. Lo dejo á vuestra elección, pero lo que es renunciar á vos, jamás, porque eso es superior á mis fuerzas; miraos á un espejo y os convenceréis, ¡sois hermosa, encantadora!

Temblaba Elena á impulsos de la indignación y echaba espumarajos de rabia; ardía-le la frente y palpitábale el corazón con extraordinaria violencia.

A poca distancia del sitio en que se hallaban, y por uno de los paseos del jardín, cruzó un jardinero, amigo, sin duda, de los paseos nocturnos; el paseante iba silbando un aire de caza.

—Ya lo ves,—dijo de Breynes,—los de casa se despiertan. Aún es tiempo. Vente conmigo.

Retrocedió Elena hacia un armario, del que abrió un cajoncito, y con la mano izquierda y sin volverse, sacó una diminuta pistola. Oyóse de pronto el ruido seco que producen los gatillos al montarse, y cuando el Marqués levantó la cabeza, vió que Ele-

na apuntábale con la pistola á la altura del pecho.

—¡Demonio!—exclamó de Breynes poniéndose pálido.—¡No hagáis tonterías! Las criaturas no deben jugar con armas de fuego.

—¡Mis cartas!—ordenó la joven exasperada y con acento breve.

—No las tengo encima.

—¡Mentis! ¡Mis cartas!

—Pero...

—¿Me las negáis?

—¡No las tengo!

—¡Sea! ¡Voy á quitáros las!

Loca, fuera de sí, sin saber lo que se hacía, apretó los gatillos y disparó los dos tiros sin hacer puntería. Llevóse el Marqués las manos al pecho, extendió luego los brazos y cayó de cara contra el suelo sin pronunciar una palabra ni exhalar una queja.

Púsose Elena de rodillas á su lado, y le registró los bolsillos, y no encontrando nada en ellos, comprendió que había cometido un asesinato inútil.

En el momento en que terminaba esta lúgubre operación, la vidriosa mirada del moribundo se fijó en ella, y por últimas palabras su boca murmuró con acento diabólico antes de cerrarse para siempre:

—¡Las recibirá!

Dominada por inexplicable terror asistió Elena á la agonía de su amante, cuyo estertor duró breves instantes, hasta que asomó á su boca una espuma sanguinolenta; pusiéronse más vidriosos aún sus ojos, y de sus

labios salió un suspiro, el último, más prolongado que los demás.

¡Había muerto!

Púsose en pie la señorita de Restaud, cuyo rostro cubría cadavérica palidez. En aquella lujosa habitación, perfumada y con las paredes cubiertas de raso, yacía el cadáver de un hombre á quien ella asesinó.

Un momento de extravío bastó para perderla, ¿qué iba á ser de ella?

Aproximóse á las puertas y escuchó: en la casa reinaba tanto silencio como en un cementerio; pero creyó que de un momento á otro presentarianse atraídos por el ruido, porque no era posible que no hubiesen oído el estampido de las dos detonaciones.

Poco á poco fuése tranquilizando, no porque su posición no fuese grave.

Ahogábase dentro de su cuarto, y de vez en cuando, asomaban á su rostro, haciéndola estremecer, extrañas llamaradas que lo enrojecían.

Abrió el balcón que de Breynes cerrara al entrar, y se asomó con el pecho al aire, desabrochado el peinador y aspirando con fuerza el aire húmedo, helado del campo, y poniendo las manos encima del hierro para enfriarlas y calmar así la calentura que la consumía.

A la izquierda del balcón, y en un recodo formado por las paredes del edificio, había un espeso macizo de plantas, formado por lilas y rosales que ocupaban ese rincón, adornándolo, además, cubriendo los cimientos

con un manto de verdura, y al fijar Elena sus miradas en aquel sitio, ocurriósela una idea, á la que se aferró con singular temeridad.

Si encontraban allí el cadáver del Marqués podían suponer que había ido á suicidarse al pie del balcón de una mujer á la que amaba y no aceptaba su cariño.

Pero esto era imposible, ¿con qué arma lo había hecho?

El Marqués no llevaba consigo ninguna, y las de Elena eran muy conocidas en Vilesnes.

Semejante suposición era inadmisibile, sin embargo, podía responder que Roberto había querido forzar su puerta, insultarla, comprometerla, y que perdiendo la cabeza disparó al azar y mató al agresor cuando aún era de noche.

En el fondo, la suposición no podía ser más inverosímil, asiéndola, al fin y á la postre, preciso es confesar y reconocer lo que era verdad, que estaba deshonrada y perdida para siempre, y entonces decidióse de una vez.

El jardinero que una hora antes pasara bajo el balcón, volvió á pasar por allí llevando al hombro el azadón, y desapareciendo al otro lado de la casa sin siquiera levantar la cabeza ni ver á Elena.

Con ese vigor que dá la calentura, arrastró por la habitación el cadáver del Marqués, y lo arrojó por cima de la barrandilla del balcón al macizo de plantas, en el que se hun-

dió, rompiendo algunas ramas de las que estaban más arrimadas á la pared. Por lo que pudiera suceder, tiró también á un lado la pistola con que le había matado, lavó apresuradamente algunas manchas de sangre que se veían en la alfombra, y encendió el fuego que estaba preparado en la chimenea, arrojando á él la ropa blanca manchada que podía comprometerla.

Quedóse más tranquila después de librarse de la presencia del muerto, al menos por el momento, porque indudablemente le iban á encontrar muy pronto, bastando para el hallazgo que pasase por allí un jardinero para revelar su presencia, y pudo pensar con más calma en su comprometida situación.

Esta no podía ser más horrorosa.

Era Elena demasiado orgullosa y altanera para someterse con resignación á preguntas y confesiones humillantes; y comprendiendo que su prometido, prevenido ya en contra de ese casamiento que sólo aceptaba por compromiso, aprovecharía el pretexto del escándalo para retirar su palabra, resolvió librarse de una vez para siempre por el único camino que le estaba abierto.

Escribió dos cartas y la primera la dirigió á la Duquesa.

He aquí su contenido:

Mi querida tía:

Soy una desgraciada y me hago justicia. Os quiero más que á nada en este mundo y no quiero á nadie más.

No se si podréis darme un beso en la frente, pero si lo siento cuando esté muerta, estoy segura de que será su beso de perdón y de misericordia.

Vuestra hija adoptiva,

ELENA.

La otra era para Jorge de Kerhoët:

Señor:

No me atrevo á decir querido Jorge, porque no soy digna de vos y os devuelvo vuestra palabra.

Un miserable tuvo la culpa de mi perdición y él fue quien me inspiró la odiosa comedia de que ibais á ser la víctima, porque vuestro carácter recto y vuestro honor contribuían á que se os pudiese engañar.

Ese hombre vino hoy á amenazarme diciéndome que iba á revelarlo todo, un instante de extravío colocó me y convirtióme en su víctima para siempre, si no huía con él.

No era mi persona la que quería sino mi fortuna, porque suponía que siendo la Duquesa tan buena é indulgente no me abandonaría nunca, á pesar de mi indigna conducta.

Le maté y se encontrará su cadáver bajo mi balcón y yo fuí quien le arrojó allí esta noche.

Adiós, Jorge, amad á una mujer que sea digna de vos y pensad en mí sin maldecirme; ¡bastante castigada estoy para merecer el olvido!

ELENA.

Dobló esta última carta y la dejó sobre la chimenea.

Cogió la primera y escribió en el sobre:

A la señora duquesa de Rouévres.

Al dar las siete y cuarto llamó á su doncella.

—¿Qué hacen?—la preguntó.

—El señor Duque salió un momento.

—¿Tan temprano?

—El señor Duque se dirigió hacia la parte de Savigneux. Lleva traje de caza.

—¿Va solo?

—Sí.

—Dadme mi amazona.

—¿Va á salir la señorita?

—Sí.

—¿Quiere que avise en la cuadra?

—No hay necesidad, iré yo misma.

En pocos minutos terminó su tocado, bajó á la cuadra y mandó ensillar á *Odette*.

XIX

Era verdad que el duque de Rouévres habíase levantado muy temprano.

Solo y con la escopeta al hombro salió de

su quinta como un *gentleman* que sale á dar un paseo por sus tierras y que quiere aprovechar la ocasión para disparar algunos tiros y dar pruebas de su habilidad. Vestía á la última moda, con elegantísima sencillez y refinada coquetería, y sus polainas, lo mismo que su traje ó sombrero, podían citarse como modelos.

Una de las buenas cualidades del duque de Rouévres era la de ser muy puntual, no habiendo hecho nunca esperar á nadie, así se tratase de una partida de caza ó de placer, como de un asunto en el que estuviese mezclado para algo el honor.

Hasta entonces habia pagado á la hora fijada por él sus deudas en el juego, y en eso precisamente estribaba su gran respetabilidad, no pudiéndosele reprochar ninguna acción de esas que el código del mundo califica de poco delicadas, pero esto no quiere decir que todas sus acciones fuesen irreprochables bajo el punto de vista del Código de la probidad.

En el momento en que divisó las tapias y fosos que cercaban el Parque de Savigneux, sonrióse el Duque al ocurrírsele un pensamiento, y éste indudablemente, debía estar en armonía con su carácter.

A decir verdad la forma del duelo propuesto no se avenía mucho con la acostumbrada para esos casos, pero en el fondo importábale esto muy poco al Duque. De todos modos, esto contribuiría, caso de que sobreviviese al encuentro, una de las mejores pá-

ginas de su historia y contaba con sobrevivir porque tenía tan bien trazado su plan, y no estaba dispuesto á dejarse matar tontamente.

El Almirante imponía las condiciones de un combate extraño, pues bien, ¡nada de cuartel! Tal vez no obraba bien, pero muy pronto iban á verlo.

En la verja del parque y á la entrada, lo primero que se veía era un pabelloncito medio oculto bajo las plantas trepadoras destinado al guarda ó portero.

—¿Está ahí dentro el señor conde de Kerhoët?—preguntó al portero.

—Sí, señor Duque.

—¿Le visteis?

—Hace más de una hora que el señor Conde se está paseando. Según parece, acostumbra á dormir poco, al menos así me lo dijo su criado de confianza, Trediou. El señor Conde no viene casi nunca por aquí.

—¿Es bretón ese Trediou?

—Sí, señor Duque.

—Entonces será una cabecita muy dura, ¿eh?

Sonrióse amablemente el portero y el Duque pasó de largo.

En cuanto se presentó en el castillo hicieronle entrar en el despacho del Almirante.

Era cierto que éste había dormido poco aquella noche, pero en cambio había trabajado mucho escribiendo y poniendo en orden sus papeles. Después de hecha esta ope-

ración tendióse vestido en un diván y al amanecer se despertó llamando en seguida á Trediou.

Este se presentó inmediatamente y muy excitada su curiosidad porque olfateaba algo grave.

El Almirante parecía agitado y nervioso, y esto no era natural, y para cualquiera ese cambio habría pasado desapercibido, pero no para Trediou, que desde hacía veinte años conocía al dedillo al Almirante.

Quedóse sorprendido Trediou al entrar en el cuarto de su amo y encontrarle ya vestido como si se dispusiese á ir de caza.

—¿Váis á salir, mi Almirante?—preguntó.

—Sí.

—¿Váis de caza?

—Sí.

—¿Solo?

—No, estoy esperando al duque de Rouévres. ¿Ves esos papeles?

—Sí, mi Almirante.

—Pues bien; recógelos y guárdalos con mucho cuidado, porque son de mucha importancia. Si me ocurriese algo, ya sabes dónde están, y se lo dices á la señora Condesa.

—Está bien, mi Almirante.

La inquietud de Trediou fue en aumento, porque al guardar aquellos papeles, que eran cartas cerradas, leyó en los sobres:

Para la señora condesa de Kerhoët.

Para entregar á mi hijo Jorge.

Aquello le pareció demasiado á Trediou que hizo una mueca y se propuso estar á la mira.

—¿Piensa recibir aquí, mi Almirante, al señor duque de Rouévres?—preguntó.

—Sí.

—Pues voy á prevenir á José para que le acompañe, porque ya está el señor Duque en el jardín.

—Bueno, vé.

Trediou tenía una mirada penetrante, y antes de salir, fijóse en dos cajas nuevas, forradas de piel negra que estaban sobre una mesa y cuya forma no anunciaba nada bueno.

Parecíanse mucho á cajas de pistolas, pero no se permitió ninguna observación.

Antes de salir y haciendo como que arreglaba el cuarto, tuvo buen cuidado de dejar entreabierta la puerta, y allí, ocultándose tras el respaldo de un elevado sillón, esperó.

Apenas hacía medio minuto que Trediou se había ocultado, cuando el portero de estrados abrió la puerta y anunció:

—¡El señor duque de Rouévres!

En el momento en que el reloj daba las ocho, entró el Duque en el despacho del almirante Kerhoët.

—Sois muy exacto, señor Duque,—dijo éste.

—Para mi la exactitud es una ley.

—Es inútil que perdamos el tiempo hablando,—añadió el marino,—una vez que, según creo, estamos de acuerdo.

—Sobre todos los puntos.

—Está bien.

Vestía el Almirante traje azul de americana, y encima de la mesa, ante la que se había sentado, tenía una gorra de uniforme, sin ningún galón.

Desde el otro lado de la puerta escuchaba Trediou con mucha atención y conteniendo el aliento para no perder ni una palabra de la conversación.

El Almirante consultó sus notas y continuó diciendo:

—¿No quedamos en que sería en el bosque de los Olmos?

—Sí.

—¿En que vos entraríais por el extremo del paseo que lo divide en dos, escogeríais la parte Norte ó la del Mediodía?

—Lo mismo me da una que otra.

—Entrad por la parte de Vilesnes, si no tenéis inconveniente, y de ese modo os dará el sol en la espalda.

—Sea así.

—Si preferís la pistola á la escopeta aún estamos á tiempo.

—La pistola me parece más adecuada para el caso, porque francamente, me haría muy poca gracia ser tratado, si llegaba ese caso, como un jabali ó un corzo.

—Preveía esa respuesta y mandé preparar las pistolas,—dijo el marino,—y ahí están. Nadie abrió aún las cajas y las pistolas están vírgenes, de ello podéis aseguraros si queréis.

Examinólas el Duque. En cada caja había dos pistolas y cuatro cartuchos.

—Está bien,—dijo.

—Escoged.

—Son enteramente iguales y lo mismo dan unas que otras.

—Una vez en el paseo avanzaremos el uno hacia el otro sin ocultarnos, y disparados los dos tiros habrá terminado el asunto. ¿Son estas ó no nuestras condiciones?

—Sí.

El duque de Rouévres examinó los gatillos de las pistolas y cogió dos cartuchos.

—Ahora,—dijo el Almirante,—no queda que hacer más que firmar la declaración para probar que nuestra muerte debe atribuirse á un suicidio.

—Por mi parte está hecho,—contestó el Duque.

Y sacó de la cartera un papel doblado en cuatro que dió al Almirante diciéndole:

—Ahí la tenéis, leed.

Cogió el Almirante el papel y le leyó con tanta calma como si tratase de un contrato de venta ó de una invitación para un banquete.

Mi querido Almirante:

Cuantos me conocen me creen dichoso, pero las apariencias engañan las más de las veces.

Bajo esa aparente felicidad ocúltase un profundo aburrimiento, y os confieso que la vida me parece envuelta en una monotonía desespe-

rante, y el spleen de los ingleses no es nada al lado del tedio que me consume.

Usé de cuantos medios están á mi alcance para combatirlo y hasta llegué á abusar de algunas de esas frívolas distracciones que no sé por qué se califican de placeres, y estoy seguro de que á los ojos de las personas que no ven más que la superficie, soy una persona muy alegre.

Hay algunos que me envidian y hacen muy mal, y para huir de ese tedio, de ese aburrimiento que me parecen azotes mucho más terribles que la peste y el tifus que afligen á los habitantes del globo, voy á pegarme un tiro en cualquier parte esencial de mí sér.

Si después de esto la máquina se para, que no se acuse más que á mi mano de ese acto deplorable que considero como una curación.

Vuestro amigo,

ROUÉVRES.

—Me parece que está muy claro, aunque un poco prolijo, observó el Duque,—pero ya comprenderéis que no estoy acostumbrado á redactar esa clase de documentos tan parecidos á actas mortuorias y me falta la práctica ¿creéis que es suficiente?

—Sí,—respondió el Almirante.

Este guardó el papel en el cajón de la mesa y escribió rápidamente unas cuantas líneas en un papel que entregó á su adversario, y que decía lo siguiente:

Mi querido Duque:

Por razones que no es del caso manifestar, considero la vida como una carga muy pesada y resuelto á concluir de una vez, me mato.

Adiós,

EL ALMIRANTE CONDE DE KERHOET.

—Ahora ya está todo arreglado, y no nos queda más que hacer que poner en práctica lo convenido ¿estáis dispuesto?

—Y á vuestras órdenes.

—¿Tenéis vuestras armas?

—Aquí están.

Cogió el Almirante las otras y poniéndose la gorra dijo:

—¡Vamos!

Antes de salir dirigió una rápida mirada al retrato de su hijo colocado sobre la chimenea.

Ambos guardáronse las pistolas en el bolsillo de la americana y atravesaron juntos el vestíbulo con el mismo aspecto de dos amigos que van de paseo, y cogiendo cada uno un bastón salieron de la casa.

En el parque hallábanse Jorge y Marta al pie de un macizo de cañas de la India de puntiagudas hojas y de un verde muy subido en los extremos y amarillento y pálido en la base. Al ver á su padre al lado del Duque, no pudo el joven reprimir un movimiento de cólera recordando que ese traidor era

el que le había engañado y que ocultaba la más negra perfidia bajo las apariencias de la amistad. En su fuero interno maldijo los sentimientos de delicadeza que le impedían hablar á su padre y decirle:

—¡Ese hombre que va á tu lado es tu peor enemigo! ¡Echale de tu casa!

Pocos minutos tardaron los dos adversarios en salir del parque é internarse en la campiña.

El Duque y el Almirante se detuvieron á unos doscientos pasos del bosque de los Olmos.

El Almirante sacó el reloj.

—¡Magnífico cronómetro!— observó el Duque.

Una amarga sonrisa plegó los labios del Conde.

—Señaló más de una vez horas bien tristes de mi vida,—dijo.—¿Está de acuerdo con el vuestro?

—Si.

—¿Cuánto tiempo se necesita para llegar al extremo del bosque?

—Unos cinco minutos.

—Entonces á las ocho y cuarenta estaremos en completa libertad para obrar.

—Convenido.

Saludáronse ambos con exquisita cortesía y se separaron, yéndose cada uno por su lado.

Hacía á lo más unos cinco ó seis años que se había llevado á cabo una tala en el bosque de los Olmos, y á esto se debía que es-

tuviese muy claro viéndose en él grupos aislados de olmos y encinas seculares rodeados de matorrales, no muy altos, que crecían á su sombra.

Al observar aquel silencio, cualquiera hubiera dicho que allí no había nadie y si la más completa soledad, y sin embargo, un hombre había llegado apresuradamente al terreno antes que los dos adversarios.

Era Trediou, que en el despacho de su amo habíase enterado de todo, y en cuanto averiguó cuales eran las condiciones del duelo y el sitio en que éste debía verificarse salió de su escondite arrastrándose como un indio, llevándose una escopeta.

Tredieu idolatraba al Almirante y el pensamiento de que el Dupue podía matar á su amo le hacía experimentar torturas indecibles, porque su instinto de justicia se sublevaba recordando cuales habían sido las penas del Conde, penas de las que como confidente forzado fuera él testigo.

Escogió su escondite y oculto en la linde del bosque, esperó con calma relativa emboscado entre las ramas, viendo llegar al Almirante y al Duque.

En cuanto los dos adversarios fuéronse cada uno por su lado, Trediou se acurrucó en su escondite, preparándose á todo evento.

El conde de Kerhoët se dirigió con paso firme y sin la menor vacilación hacia el funesto sitio que de antemano le había sido designado y allí sacó el reloj, y en el momento preciso en que podía avanzar se puso

en marcha, mientras que desde el suyo hacia otro tanto el duque de Rouévres.

Ambos siguieron su camino con un paso muy igual y al llegar á veinte pasos de la plazoleta detúvose el Duque, apuntando á su adversario que seguía avanzando.

Al llegar el Almirante al centro de la plazoleta y del paseo, hizo fuego el Duque, esperando que aquel cayese redondo al suelo. Pero experimentó alguna vacilación al observar que seguía avanzando impasible hasta que se colocó á diez pasos de él.

Por segunda vez levantó el Duque la pistola para apuntar, pero su muñeca rota no pudo sostenerla y la dejó caer en la hierba.

Trediou, que desde su observatorio apuntábale con su escopeta, pronto á vengar á su amo si le hubiese matado ó tan sólo herido, exhaló un suspiro de su ancho pecho.

—¡Buen blanco, mi Almirante!—pensó.

XX

En el momento mismo en que los dos adversarios salían del castillo de Savigneux, se presentó el cartero llevando unas cuantas cartas para la Condesa. Entre esas, habíase deslizado por equivocación una que estaba destinada al Almirante, y Benita, que era la encargada de recogerlas, no lo observó.